

mismo. ¿No os asombra que despues de tantos siglos en nada se haya disminuido el sol, que su luz sea siempre tan viva y abundante, y que la tierra esté tan bien alumbrada como el primer día? Si nos hubieran consultado antes de la creacion del sol sobre el medio de iluminar el mundo, ¿cuántas antorchas no hubiésemos creído necesarias? ¿Quién de nosotros hubiese imaginado que bastaba una sola para la naturaleza; que colocada esta única antorcha á cierta distancia, lo alumbraria todo de una sola ojeada; que caminaria del oriente al ocaso sin guia visible, sin apoyo, sin carro, sin máquina, y que despues de un gran número de siglos sería tan brillante y tan perfecta como el primer día?

Comprendamos ahora lo que debemos, no al sol, sino al que lo crió y lo hace aparecer todos los días, lo mismo para los malos que para los buenos; y como dignos hijos de nuestro Padre celestial, amemos sin distincion á todos nuestros hermanos.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy las gracias por habernos prodigado todas las riquezas de la tierra y del cielo. ¿Cómo podré manifestaros mi admiracion y mi reconocimiento? Por tantos beneficios me pedís el corazon; yo os lo doy todo entero y para siempre.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no faltaré jamás á mis oraciones antes y despues de mis comidas.*

LECCION VIII.

OBRA DE LOS SEIS DIAS.

Continuacion del cuarto día. — La luna. — Su belleza. — Su utilidad. — Las estrellas. — Su número. — Su movimiento. — Su utilidad. — Beneficios de la noche. — La instruccion. — El reposo. — El sueño. — La conservacion de nuestra vida. — Último encargo del sol y la luna. — La primavera. — El verano. — El otoño. — El invierno.

1º. *Belleza de la luna.* La misma palabra que crió el sol y suspendió en el firmamento este inmenso globo de fuego para presidir el día, hizo tambien la luna y los millares de estrellas que forman su cortejo. La luna fué encargada de presidir la noche como una reina bienhechora y suave, es decir, de minorar con su amable claridad las negras tinieblas. La noche es el momento de su triunfo; arranca de la oscuridad los objetos mas cercanos de nosotros, y los baña con un colorido que trueca agradablemente toda su apariencia. La misma luna es uno de los mas bellos objetos de la naturaleza: recrea los ojos con la suavidad de su resplandor, y varía la escena cambiando siempre de figura; recibe todos los días como el sol el mandato del soberano Señor, que le indica el punto por donde ha de salir ó desaparecer, y todos los días retarda de occidente á oriente el punto y momento de su salida; ya se cubre con un manto ceniciento y casi todo bordado de un sencillo hilo de oro, ya se adorna con un vestido de púrpura y asciende al horizonte con una estatura mucho mayor que de ordinario; disminuye en seguida y se blanquea al remontarse; brilla mas y presta un servicio mas útil á medida que el día desaparece, y ora se muestre parcialmente, ora con todo su disco, esparce por do quiera nuevos adornos en la naturaleza. Vedla en sus amables caprichos, saliendo repentinamente de entre las nubes, sorprendiéndonos agradablemente con la claridad de su rostro, y cubriéndose despues con un velo diáfano y dejándose buscar; ya lanza sus rayos al través de algunos espesos ramajes, ya se adorna con una corona de diferentes colores que le prestan las nubes.

El sol se acerca empero á nuestro horizonte, y la luna le cede su imperio, desapareciendo para volver á aparecer. ¿Cuál es en la naturaleza el agente encargado de encender esta lámpara y de traérsela á intervalos tan iguales?

2º. *Su utilidad.* ¡Hombres! ¿hasta cuándo tendréis ojos para no ver, y hasta cuándo especialmente tendréis un corazon para no amar?

Valeos de vuestra razon, y solo veréis en el curso de la luna precauciones y atenciones para vuestras necesidades. Ese cuerpo, enteramente sólido y oscuro, ha sido colocado con relacion á la tierra en un punto tan poco lejano, que nos da mas luz de la que nos envian todas juntas las estrellas, aunque sean otros tantos soles. Advertid en esto la sabiduria y la bondad del Criador: ha alejado tanto de nosotros las estrellas, que la noche, de que tenemos necesidad, no desaparezca con su brillo; pero ha colocado la luna tan cerca, que nos sirve de magnífico espejo que nos refleja durante la noche una gran parte de la luz del sol que habíamos perdido. Es verdad que la direccion de este espejo, colocado sucesivamente en torno de la tierra, presenta una especie de irregularidad; pero estos desvíos son limitados y causa de que raras veces haya eclipses, pues de lo contrario, tendríamos todos los años doce eclipses de luna y otros tantos de sol. Admirad como es un nuevo beneficio y obra de una profunda sabiduria esta aparente irregularidad.

Vais á ver otros beneficios mas notables aun: ¿quiere ponerse el hombre en viaje antes del día, ó prolongar su camino despues de ocultarse el sol? El primer cuarto de luna se presenta para servirle de guia luego que se ha retirado el sol. ¿Quiere, mas vigilante que el astro del día, empezar antes que él su camino? El último cuarto de luna se adelanta por él de algunas horas á la aparicion de la aurora. El hombre es dueño de reservar sus viajes para la época del plenilunio, que le da, por decirlo así, dias de veinte y cuatro horas, alumbrándole sin interrupcion, y con este auxilio evita los ardores del estío, ó hace con seguridad y cuando quiere lo que tiene interés de no confiar al día.

Pero, ¿no hubiera sido mas ventajosa una noche siempre clara? Dios concilia casi en todo diversas utilidades en conjunto, y la diversidad de los servicios añade un nuevo valor á la excelencia de sus dones. La luna no está solamente destinada á suavizar la tristeza de la noche con una luz que prolonga ó reemplaza la del sol, sino que es tambien un verdadero centinela colocado ante el palacio del hombre, y encargado de ocupar sucesivamente diferentes puestos, para dar en cada uno de ellos un nuevo aviso y una nueva señal. El sol debia servir para regir el orden de los trabajos campestres con la revolucion de un año; pero la luna, haciendo una revolucion semejante en torno nuestro cada veinte y nueve días, y cambiando con regularidad de figura en los cuatro cuartos de su curso, debia servir para arreglar el orden civil y los negocios comunes de la sociedad. Ella muestra á todos los pueblos un faro que toma una forma enteramente nueva de siete en siete dias, y ofrece á todos divisiones cómodas, y épocas regulares, cortas y propias para fijar el principio y el fin de las operaciones circunstanciadas.

Por esto los Hebreos, los Griegos, los Romanos, y generalmente todos los pueblos antiguos, se reunian en la luna nueva para cumplir los deberes de su piedad y su gratitud. Se les anunciaba en este dia lo que podia interesarles durante el nuevo mes. El plenilunio los reunia á mediados del mes, y los otros dos cuartos eran otros dos términos fáciles tambien de conocer. Los Turcos, los Árabes, los Moros, varios pueblos de América y otras muchas naciones aplican aun en el día todo el orden de su calendario á las renovaciones y á las demás fases de la luna. Si nosotros ponemos en ella menos atencion, no es porque este astro haya cesado de prestarnos los mismos servicios: los cálculos cómodos que ponen en nuestras manos astrónomos hábiles nos desembarazan de todo cuidado é inspeccion; pero los calendarios que nos dirigen están arreglados por la observacion del curso de la luna, y están acordes de antemano con los avisos que no dejará de dar nunca este vigilante satélite, hasta que aquel que lo puso por nosotros de centinela juzgue á propósito trocar sus funciones cambiando el estado del hombre, á cuyo servicio le ha colocado. ¡Estado feliz en que no tendremos ya necesidad de que nos ilumine el sol ni la luna, y en el que será nuestra luz y la de toda la santa Jerusalem el divino Cordero! ¡Estado feliz, sé el objeto de todos nuestros deseos y esfuerzos!

*Dios hizo tambien las estrellas.* Solamente á Dios pertenece hablar con tanta sencillez del mas asombroso espectáculo con que ha adornado el universo: con una sola palabra él dice lo que no le costó mas que una palabra; pero ¿quién puede medir el poder de esta palabra?

1º. *Número de las estrellas.* Salgamos un momento durante la calma de una noche de verano, como Dios hizo salir á Abraham de su tienda para considerar el cielo. *Y sacóle fuera, y dijole: Mira al cielo, y cuenta si puedes las estrellas* \*. Y Abraham levantó los ojos, y se contentó con admirar, porque no pudo contarlas, y ningun hombre lo podrá jamás, pues son innumerables. Desde la invencion de los telescopios se han descubierto á millares, y se descubren mas cuanto mas se perfeccionan los instrumentos astronómicos; por lo cual se supone con mucha razon que es superior á nuestras suposiciones el número de las que hace imperceptibles su lejanía en un espacio inconmensurable. Hemos visto que la magnitud del sol y de varios planetas que giran en torno suyo excede de mucho á la de la tierra que habitamos. Y ¿quién sabe cuántas de las demás estrellas no le ceden en nada y cuyo volumen es aun mas considerable? Su prodigiosa distancia contribuye á que solo nos parezcan pequeños luceros que brillan en el firmamento; pero realmente son otros tantos soles cuya inmensa circunferencia

\* Genes. xv, 5.

seria imposible medir. Es, pues, cierto que millares de soles y de mundos ruedan por el espacio, y que los que vemos no son mas que una mínima parte de este grande ejército formado con tanto orden sobre nuestras cabezas.

¿Quereis algo mas admirable todavía? Oid. El que sembró esos millones de globos en las vastas llanuras del firmamento, á la manera que el labrador siembra el trigo en su campo, sostiene todas esas masas prodigiosas en medio de un aire sutil; no hay apoyo ni columnas que sostengan esa inmensa bóveda ni los enormes pesos de que está cargada, y no obstante se sostiene siempre del mismo modo hace ya millares de años, y se sostendrá siempre para contar á todas las generaciones la gloria de su Autor.

2º. *Su movimiento.* Las estrellas ofrecen al alma que medita otro motivo de asombro. Esos cuerpos inmensos están en continuo movimiento, dan vueltas sobre su eje como la rueda de un carro encima del suyo, y la mayor parte recorren además círculos inmensos en torno de otros globos. Cada uno de ellos tiene marcado un camino del cual no se separa jamás, y no obstante sigue su curso con una rapidez inaccesible á la imaginacion. Una fuerza los aleja continuamente de su centro, y otra fuerza igual los retiene en su órbita. Aunque todos esos millares de cuerpos se mueven en el espacio, no chocan entre sí, ni se estorban nunca, y aunque las estrellas nos parezcan sembradas con confusion en el firmamento, se hallan no obstante allí con el mayor orden y la mas perfecta armonía. Hace millares de años que aparecen y se ocultan con regularidad del mismo modo; esos millones de soldados del ejército de los cielos, en marcha siempre, vuelven sin falta á sus primeros campamentos, y los astrónomos pueden fijar mil años antes con exactitud su posicion y su curso. ¡Cuán grande sois, Dios mio! ¿Qué es el hombre para atreverse á rebelarse contra Vos?

3º. *Su utilidad.* ¿Cuál puede ser la utilidad de tantas maravillas? ¿Qué quiere de nosotros ese ejército del cielo, cuyos centinelas son todos tan vigilantes? Quiere combatir nuestra ingratitud, nuestro orgullo y nuestra indiferencia, y asegurar el triunfo de los grandes dogmas de la existencia de Dios, de su poder, de su majestad y de su bondad. Basta ese elocuente ejército de los cielos, ese libro del firmamento escrito con caracteres de fuego, para que no pueda excusarse ningun hombre. Hé aquí su primera utilidad.

Y aun otras muchas. En primer lugar, esos globos prodigiosos están situados á una distancia tan justa de la morada del hombre, que de esta posicion resulta un orden de que él solo goza, una belleza que encanta sus ojos, y una regularidad que causa la ventura de su vida. Oid: esos innumerables luminares son para el hombre, á causa de su hermoso arreglo, millares de arañas suspendidas del rico artesonado que cubre su morada; las ve brillar y centellear desde todas partes,

y el sombrío azul que les sirve de fondo realza aun mas su brillo. Pero su luz es suave, y sus rayos se dispersan en espacios tan vastos, que están amortiguados y sin calor cuando llegan á la morada del hombre. Merced á las precauciones del Criador, disfrutamos de la vista de globos de fuego, sin peligro para la frescura de la noche ni para la tranquilidad de nuestro sueño.

Pero Dios no hace girar en torno nuestro todos los dias esa magnífica bóveda con todas sus decoraciones únicamente para hermostear el palacio del hombre con ricos adornos de agradable variedad, sino para que nos reporte ventajas positivas y en cierto modo materiales. Entre las estrellas que podemos distinguir fácilmente, hay algunas que están siempre suspendidas sobre nuestras cabezas en el mismo punto del cielo, sin apartarse jamás, y una de ellas es la estrella polar. Vemos otras que describen grandes círculos, que se elevan por grados sobre nuestro horizonte, y que desaparecen bajo los límites de la tierra que terminan nuestra vista.

Las primeras arreglan los viajes del hombre por mar y tierra, mostrándole en la oscuridad un punto del cielo cuyo aspecto permanece invariable, lo cual basta para no equivocarse el derrotero. Pero como las nubes y la oscuridad de la atmósfera pueden de vez en cuando ocultar al hombre la vista de las estrellas que se le dieron por guías, Dios ha puesto tal relacion entre esta parte del cielo y el hierro tocado por la piedra iman, que si este hierro se halla suspendido en equilibrio, dirige sin cesar uno de sus lados, siempre el mismo, hácia el polo. Este es el origen de la invencion de la brújula, que ha prestado y presta aun tan inmensos servicios á la navegacion, pues merced á ella el viajero sabe el sitio donde están los guías que no ve, y no se extravía en su camino á pesar de los desórdenes del aire.

Las demás estrellas varían su aspecto, y aunque guardan siempre entre sí la misma situacion, cambian de dia en dia respecto de nosotros el orden de su aparicion y de su ocaso. Estos mismos cambios son los que fijan con su irregularidad el orden de nuestras tareas, y determinan la vuelta y el fin de las estaciones por puntos precisos. La prueba del frio y del calor hubiera sido demasiado incierta y expuesta á accidentes sensibles para arreglar por ella las siembras y el cultivo de la tierra, ó para conocer las épocas propias para la navegacion. El hombre encuentra todas las instrucciones necesarias bajo este concepto, viendo situarse el sol bajo una serie de diversas estrellas y recorrerlas uniformemente de año en año, y conoce tambien la senda de este hermoso astro<sup>4</sup>; da un nombre á cada una de esas moradas de estrellas

<sup>4</sup> Los astrónomos han dividido todas las estrellas que pueden verse á la simple vista en ciento ocho constelaciones ó grupos de estrellas, de las cuales doce forman el zodiaco, ó el camino que parece seguir el sol en su curso anual.

por donde pasa en su camino; sabe cuál es la exacta duracion de su permanencia en cada una de esas doce estaciones; y conoce tambien con certeza la época favorable á las operaciones que está obligado á hacer en la tierra ó en el agua.

El sol y la luna fueron criados para separar el día de la noche, y para marcar las épocas, las estaciones y los años. Estos admirables relojes, reguladores del hombre y de sus tareas, jamás han discrepado de un minuto. ¿Sabeis cómo se llama ó dónde vive el relojero que los arregla? Mas, ¿para qué esa sucesion perpetua de días y de noches, de luz y de tinieblas? Vosotros, los que haceis esta pregunta, preparad vuestra alma á la admiracion y vuestro corazon al reconocimiento. Vais á ver nuevas pruebas de la sabiduría y de la bondad de vuestro Padre celestial. Creo que no dudais ya de las ventajas del día; sabed, pues, cuáles son las de la noche.

1º. *Sus beneficios; la instruccion.* La noche no es nada; no es mas que la interrupcion del movimiento de la luz hácia nuestros ojos; pero la misma nada no es estéril en las manos de Dios. Así como saca su gloria de la creacion de los seres, todos los días saca en favor del hombre, no seres nuevos, sino instrucciones saludables y beneficios.

Por eso la noche nos recuerda ese nada de que hemos salido, quitándonos la vista y el uso de la naturaleza, ó nos vuelve al estado de tinieblas y de imperfeccion que precedió á la creacion de la luz, dándonos á conocer mejor de este modo el valor inapreciable del día. Pero no tan solo está destinada á realzar con sus sombras las bellezas del grandioso cuadro del mundo, y á hacernos mas humildes con el aspecto de las tinieblas que nos son naturales, ó mas reconocidos por la vuelta de una luz á que no somos acreedores; por útiles que sean los avisos que nos da, sería muy triste que para instruirnos nós empobreciese, y lo que parece cercenar de nuestra vida, privándonos todos los días durante algunas horas del uso de la luz y de la vista del universo, nos lo resarce abundantemente con el descanso que nos proporciona.

2º. *El reposo.* El hombre ha nacido para el trabajo; es su vocacion, es su estado. Para atender á este trabajo es preciso que su sangre le provea sin cesar de una materia suelta y ágil que ponga en juego los resortes del cerebro y los diferentes músculos del cuerpo; pero la perpetua disipacion que se hace de esta materia, tan pronta en ejecutar todas sus voluntades, le abismaria al fin en la languidez y el descaecimiento si no reparaba sus pérdidas con nuevos alimentos. Como estos alimentos no podrian digerirse ni distribuirse con regularidad en todo el cuerpo si estuviera en continua accion, es preciso que interrumpa el trabajo de la cabeza y el de los brazos y los piés, para que el calor y los espíritus que se esparcirian en lo exterior no se empleen mas que en ayudar las funciones del estómago durante la

inaccion de las demás partes del cuerpo. Sin el descanso pereceríamos muy pronto, y la noche es la que nos proporciona el descanso. ¡Cuántos obreros que consumen durante el día sus fuerzas con un trabajo penoso y no obstante necesario, bendicen la noche que viene á suspender sus tareas, trayéndoles el alivio y el sueño!

3º. *El sueño.* Bendigamos tambien nosotros á Dios, por no haber dejado el uso y la disposicion de este descanso necesario á nuestra razon caprichosa y vacilante. Este buen Padre se toma él mismo el cuidado de adormecer á su hijo, y ha hecho que el sueño le fuera una agradable necesidad, pero sin darle su conocimiento ni su gobierno. El sueño es un estado incomprensible; el hombre concibió tan escasamente su naturaleza, que no le es posible darse sueño cuando este se niega, ni rehusarlo cuando se apodera de él. Dios se reservó á sí únicamente el dispensar este descanso, cuyo tiempo y medida sabia que arreglaría mal el raciocinio humano. Pero si no comprendemos la naturaleza del sueño, ¿cuál conocemos su beneficio! El sueño suspende los pesares de infinidad de desgraciados, y el doloroso sentimiento de su miseria. Para ser feliz entonces solo basta un lecho, donde el sueño cierra los párpados del indigente, y quedan satisfechas todas sus necesidades. El sueño iguala el mendigo con el monarca, y los dos encuentran en él un bien que no podrian procurarse á precio de oro. Y Dios ha elegido la noche para ser mensajera de este beneficio universal.

¡ Ved con qué precaucion y respeto desempeña su interesante encargo! No se presenta de un modo brusco á apagar la antorcha del día y arrebatarlos repentinamente la vista de los objetos que nos ocupan; lejos de sorprendernos en medio de nuestro trabajo ó de nuestros viajes, avanza á paso lento, amontona y condensa sus sombras por grados, y no acaba de oscurecer la naturaleza sin habernos advertido antes con benevolencia la necesidad de tomar descanso. La noche priva al hombre del espectáculo de la naturaleza para privarle de sus sentidos, y en seguida extiende un velo sobre nuestros ojos, cerrando nuestros párpados. Mientras el hombre descansa, vela con complacencia para asegurar su tranquilidad; no solamente apaga todas las luces brillantes, sino que suspende tambien el ruido y todas las impresiones demasiado vivas; impone silencio á todo lo que le rodea, y retiene al caballo, al buey y á todos los demás animales domésticos adormecidos en torno suyo. Un solo ruido sigue sin interrupcion; es el del reloj que señala la hora, porque conviene que el hombre que se despierte piense en la postrera. Aun mas; la noche dispersa las aves en sus diferentes albergues, hace callar poco á poco los vientos que turban el aire, y durante algunas horas reina en la morada del hombre una calma universal. ¿Cómo no reconocer en estas amables atenciones de la Providencia los cuidados de una tierna

madre que para adormecer á su hijo aleja el ruido y las luces del sitio donde ha colocado su cuna?

4<sup>o</sup>. *La conservacion de nuestra vida.* Á no ser por la noche, pereceríamos no solo de cansancio, sino de hambre. Si el sol permaneciera siempre sobre nuestro horizonte, abrasaria todo lo que hace nacer en la tierra; pero la noche comunica al aire, sucediendo al dia, una frescura que le constituye en estado de obrar despues con mas actividad en todos los cuerpos, y de dar un nuevo vigor, tanto á la tierra desecada, como á la verdura agostada y á los animales debilitados. Nos trae además en su bienhechora mano el rocío, que no solo regocija nuestra vista cuando todas sus gotas bellas y puras brillan como rubies por la mañana á los primeros rayos del sol, sino que equivale á las lluvias durante mucho tiempo, y conserva de este modo las flores, los trigos y las plantas. Á no ser por la noche, estaríamos privados de las riquezas tan útiles de los pueblos separados de nosotros por vastos mares, porque la astronomía no hubiera podido hacer jamás sus sabios cálculos de que depende la navegacion.

Mas todavía: á no ser por la noche, obligados los hombres á viajar ó á trabajar en el campo, continuamente estarían expuestos á los animales salvajes. La Providencia retiene á estas fieras durante el dia en las selvas y en las cavernas; pero si el dia fuera continuo, el hambre las obligaria á salir de sus madrigueras, y se arrojarían sobre los hombres mas débiles y de menor ligereza que la mayor parte de ellas. Dios ha puesto á los hombres en seguridad, y en libertad á las fieras, dando límites al dia y haciendo que le sucediera la noche. El horror natural que tienen los hombres á las tinieblas les obliga á volver á sus casas durante la noche, y el temor natural que tienen las fieras á la luz las retiene en sus cuevas durante el dia. Cuando el hombre llega á su casa, salen ellas de sus albergues, y solo tienen permiso de buscar su presa cuando la mano del Señor ha puesto al hombre en seguridad.

Cuando ha cerrado la noche y no hay nadie en el campo, se oyen los rugidos de los leones y los aullidos de los lobos que dicen al hombre quién es el soberano que vela por él durante la noche; pero luego que aparece el sol, todos los animales enemigos del hombre se apresuran á dejarle el campo libre; un pastor invisible los arroja á los bosques con su cayado, y son entonces tan pacíficos que parece que todos han cambiado de índole. Duermen ó están tan tranquilos, que un poder superior los tiene encadenados en el sueño, y á no ser que se acerquen imprudentemente á sus cavernas, no hay nada que temer. Por el contrario, luego que el sol comienza á desvanecer las tinieblas de la noche, el hombre, lleno de alegría y de fuerza, siente renacer en sí el amor al trabajo, y su casa le parece triste y sombría, y la campiña llena de atractivos. ¡Feliz él si sabe reconocer en

este bello órden la mano paternal que todo lo arregla por su bien!

El último encargo que tienen que desempeñar el sol y la luna, es señalar las estaciones. Ved con qué fidelidad y respetuosa atencion lo cumplen; nada hay de brusco en su marcha. El sol, que durante el invierno nos habia alejado su calor, nos lo trae á la primavera, pero con tal medida, que las plantas tienen tiempo de brotar y crecer insensiblemente, sin que las destruyan las tardías heladas ni las adelanten demasiado los calores precoces. El verano se disminuye igualmente por grados, de modo que los frutos de otoño tienen tiempo de madurar poco á poco sin que les perjudique el frio del invierno. Añadid á esto que cada estacion varia nuestros placeres, y nos resarce con beneficios particulares de los que nos arrebató; pero tambien nos impone nuevos deberes.

4<sup>o</sup>. *La primavera.* La naturaleza, que durante el invierno yacia como adormecida, recobra una nueva vida, y las avecillas regresan de sus largos viajes, y vuelven á dar principio á sus alegres cantos. Estos innumerables músicos, llevados en alas de los vientos, van sucesivamente á dar sus conciertos gratuitos á las puertas de todas las cabañas; y siempre cantan, en la primavera para nosotros, y en el invierno para otros hombres. Reverdecen los prados, y en medio de una fina y tierna verdura se ven asomar las primeras flores, llegando á nuestro olfato suaves perfumes y á nuestra vista agradables colores. Los árboles despliegan poco á poco su magnífico ramaje, y preparan al hombre una sombra protectora contra los rayos del sol. La primavera, imágen de la juventud y de la resurreccion general, abre nuestro corazon á la esperanza, y nos impele á desprendernos de todo lo que pasa. ¿Cuánto durarán estos hermosos dias y estas flores tan frescas y delicadas? ¡Hombre! ¿cuánto durarán tus dias? ¿cuánto durará la flor de tu juventud y de tu hermosura? Consuélate, la primavera solo pasa para volver, y tú tambien mueres para volver á nacer; para volver á nacer y no morir mas.

2<sup>o</sup>. *El verano.* El sol continúa su marcha, y la naturaleza toma un nuevo aspecto: empieza el verano. Frutos de toda especie se muestran á nuestros ojos y excitan nuestro gusto; las mieses amarillean; nubes de pájaros jóvenes se lanzan de sus nidos, y publicando noche y dia las alabanzas del Criador, regocijan al hombre que durante esta estacion permanece casi siempre en la campiña. ¿Quién explicará los beneficios del Padre celestial durante el verano? Es la afortunada estacion en que vierte con mas abundancia el tesoro de sus bendiciones. La naturaleza, despues de habernos reanimado con los suaves calores de la primavera, se ocupa sin descanso durante el verano en proporcionarnos lo que puede satisfacer nuestros sentidos, facilitar nuestra subsistencia y despertar en nuestros corazones sentimientos de gratitud y de amor.

El verano es, como las demás estaciones, un predicador que nos anuncia saludables verdades. Ved, nos dice, al segador que se prepara á cortar sus mieses; su hoz derriba á derecha y á izquierda las espigas, y deja detrás de ella los campos vacíos y desiertos: mortales, hé aquí vuestro destino. La carne es como la yerba, y su gloria como la flor de la yerba. Ved esas diligentes abejas; ¡ojalá que su ahinco en recoger y preparar su miel os enseñe á amontonar con tiempo tesoros de prudencia y de virtud que puedan formar vuestro consuelo en el invierno de la vejez!

3º. *El otoño.* La tierra ha recibido el calor que necesitaba, y el Señor ha dicho al sol que se parase y retrocediese, no repentinamente, sino poco á poco para completar con un calor templado la madurez de los frutos, y especialmente para dar toda su perfeccion al licor precioso que alegra el corazón del hombre. ¡Qué actividad reina aun en los trabajos! Llénanse las bodegas, circulan con mas actividad y abundancia las mercancías de toda clase, y el hombre hace en todas partes sus provisiones. Pero no limita su pensamiento á las necesidades del próximo invierno, ni las deposita en sus graneros, pues el fuego podría consumir su casa, ó penetrar en ella los ladrones y arrebatarle sus riquezas, sino que confía una parte á la custodia de la tierra, seguro de que á la siguiente primavera esta fiel depositaria se las devolverá con usura. Pero esos hombres que acumulan, esas aves que emigran, esas hojas que caen, ese cielo que se oscurece, esos dias que se acortan, todo ese espectáculo de decadencia ¿no os dirá nada?

4º. *El invierno.* Todos los dias tiene necesidad el hombre de descanso, é igualmente todos los años lo necesita la tierra para reparar sus fuerzas agotadas en servicio nuestro. Sin el invierno, empobrecida y cansada la naturaleza no produciría nada mas, y nos moriríamos de hambre, de modo que en el plan de la Providencia las cuatro estaciones son necesarias: la primavera prepara, el verano madura, el otoño nos prodiga las producciones que nos hacen existir, y el invierno restaura las fuerzas de la madre que nos alimenta. Luego que ella se ha despojado de todo en favor nuestro, Dios dice al sol que se aleje, como la madre cuidadosa aleja la luz que podría impedir que su hijo se durmiese, y aun hace mas, cubre la tierra con un espeso manto de nieve para conservarla caliente.

Aunque la nieve misma nos parezca fría, es no obstante un excelente vellon que conserva la tierra al abrigo de los vientos helados y que mantiene el calor necesario para la conservacion de las semillas, de las plantas y de los árboles. La nieve es además un precioso abono, y cuando la ablanda el sol, se derrite poco á poco, penetra profundamente en la tierra, y vivifica las raíces y los tallos de las plantas. Ved como nuestro Padre celestial se ocupa en la mas ruda

estacion del bienestar de sus hijos, y como nos prepara en silencio todos los tesoros de la naturaleza, sin que le ayudemos con nuestro trabajo. Hijos de este Padre celestial, preparémonos tambien á nosotros mismos los tesoros de la gracia, aumentando nuestra caridad durante esta rigurosa estacion, calentando á los que tienen frio y alimentando á los que tienen hambre.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy las gracias por haber criado en ventaja nuestra el dia, la noche y las estaciones; que no se aparte nunca vuestra alabanza de mis labios, y vuestro amor de mi corazón.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me conformaré en todo con la voluntad de Dios.